

El fascismo latinoamericano busca legitimarse

Sucesivos antecedentes, que vienen haciéndose paulatinamente de conocimiento público, ilustran cómo los regímenes fascistas entronizados en un número ya muy grande de países latinoamericanos, buscan colocarse, de modo estable, en el cuadro general del destino y los intereses inmediatos tanto del imperialismo norteamericano como de las burguesías y oligarquías locales de América Latina.

La movilización de grandes recursos financieros para atenuar las graves consecuencias económicas de sus políticas, y el aprovechamiento de cuanta oportunidad sea propicia para realizarlos —de las que la reunión próxima de la OEA en Santiago de Chile es una particularmente reveladora—, constituyen expresiones muy terminantes del designio imperialista de hacerse cargo de la continuidad indefinida de tales regímenes.

En esa perspectiva, las dictaduras latinoamericanas sienten la necesidad de llenar también algunas calificaciones formales. Porque surgieron declaradamente como regímenes "de excepción", con carácter temporal, para cumplir una función, según las justificaciones que han esgrimido, de detener una "amenaza exterior", constituida por la actividad de unos "grupos marxistas" supuestamente ajenos a las realidades nacionales correspondientes y sin raíces verdaderas en los pueblos respectivos. Pues bien: habrían tenido tiempo ya más que suficiente para cumplir esa "función", y de hacerlo además con la trágica eficacia representada por los miles de asesinados, las decenas de miles de encarcelados y los cientos de miles de desterrados. Pero no dan signo alguno de retiro, ni de regreso a la "normalidad" prometida.

Hoy día está claro lo que para todos debió ser (y para algunos lo fue) evidente desde el comienzo. Su función busca ser

más duradera. Pretenden ofrecer unas respuestas —bien trágicas por cierto— a problemas de largo plazo, a la vez que se constituyen en expresión extrema de la dominación imperialista, con la complicidad de los sectores internos de las burguesías monopólicas y las fuerzas armadas como instrumento. Llega, pues, para ellos la hora de llenar las formalidades que "justifiquen" esa continuidad. Dicho de otro modo: el fascismo latinoamericano procura ahora "legitimarse".

Hemos conocido dos manifestaciones elocuentes de ese propósito en los últimos días. Una, contenida en esa dramática comunicación de José María Bordaberry a la Junta de Oficiales Generales de Uruguay; la otra, en editorial del diario *El Mercurio*, de Santiago (en su edición del día 3 de abril pasado), como vocero autorizado de la dictadura chilena.

Dice Bordaberry: "Las FA deben pronunciarse sobre la posibilidad de que se instaure un nuevo régimen de poder en virtud del cual ellas constituyen el sustento del nuevo gobierno en sustitución de los partidos políticos... Hoy sólo existe garantía de servicio a la Nación cuando el gobierno se sustenta en las FA al estar éstas presentes en las grandes decisiones... El poder de los partidos y el poder de las FA son excluyentes... La circunstancia es histórica no sólo para nuestra patria sino para gran parte de América del Sur".

Dice el vocero de la junta fascista chilena: "Los regímenes militares que se extienden por América no pueden confundirse con los caudillajes tradicionales... Los nuevos regímenes militares son de naturaleza institucional, responden a un imperativo de las Fuerzas Armadas en su conjunto y cumplen objetivos precisos que sólo esas fuerzas se encuentran en aptitud de realizar... El régimen militar

puede modernizar el país porque está capacitado para adoptar decisiones de fondo con rapidez y drasticidad, lo que no ocurre en regímenes de controversia parlamentaria y electoral..."

Notorias coincidencias, aunque nada de sorprendente si se tiene en cuenta que se originan en quienes han exhibido ya tantos rasgos comunes en el atropello y la indignidad. Apenas unos matices de diferenciación en cuestiones de orden secundario, que aun así no dejarán de irritar a Pinochet; porque en medio de todo, Bordaberry reclama más presencia administrativa de los civiles, y hasta llega a advertir que "el ejercicio del poder desgasta". Está, pues, el hecho cierto de que Bordaberry es, aunque no lo pareciera, un civil, y Pinochet viste todavía uniforme. Pero uno y otro saben muy bien que, si fuera necesario borrar también esa diferenciación menor, la decisión se tomará en definitiva en el único centro real de radicación del poder: en el acuerdo entre el Pentágono y el Departamento de Estado de los Estados Unidos; y que no les sería difícil encontrar para ello un Bordaberry en Chile o un Pinochet en el Uruguay.

Lo que importa retener de todo esto es ese propósito simultáneo de dar a los fascismos locales una sustentación "racional" e "ideológica". Cumplida su transitoriedad, consideran llegada la hora de legitimarse en la historia y en la continuidad indefinida. En ello muestran la solidaridad del fascismo, al servicio y bajo el ala protectora del imperialismo.

Tomemos nota. Para que vayamos entendiendo que es la hora también de la solidaridad entre todos los pueblos de América Latina, requisito cada vez más evidente para detener y derrotar —utilizando aquí las palabras amenazadoras de *El Mercurio*— a aquellos "regímenes militares que se extienden por América".